

## Palco de platea en el cielo

Hay que ir a buscar a las pantaloneras y camiseras al barrio Keith, por la constructora o bien por Luna Park o por Hatillo. Las hemos topado subiendo la cuesta del María Aguilar, bien abrazadas de su pila de camisas o de pantalones, sudorosas, pero sin demostrar su cansancio.

Estas trabajadoras que vamos a buscar hoy viven en uno de esos barrios populares, de casas sucias y oscuras e incómodas en la periferia de la ciudad. Son como las nueve de la mañana, y ya el ambiente está lleno de música de *foxes* que muelen los radios de las pulperías; juegan chiquillos mugrientos en las aceras y hay mujeres que regatean en torno de carretas llenas de carbón. En este barrio viven en promiscuidad gentes trabajadoras y mujeres de la vida. Unas y otras se ganan la vida como pueden. Pasamos frente a zapaterías, barberías, chinchorros, aquí se venden tamales allá se da de comer y más allá hay un humilde tallercito de anafres y calentadores. Esta es la casa en que siempre que hemos pasado hay una mujer aplanchando. Hoy no está a un ladito del umbral la plancha de carbón que tantas veces nos hiciera pensar en un elefante de juguete en que el penachito de humo que sale por la boca hace la trompa. Al pasar frente a la puerta vemos en lugar de tabla de aplanchar, una mesa sobre la que hay un ataúd blanco. Es que a la aplanchadora se le ha muerto su niña de diez años: se le murió de tifoidea en el hospital. Hoy está descansando la plancha de "vapor".

Llegamos donde nos habíamos propuesto. Entramos.

El piso limpio, los muebles sin polvo. Dos banquitos de madera y la máquina Singer. En las paredes unos cromos y unas fotografías. En una esquina una cama tendida con esas sobrecamas de tela ordinaria y dibujos pintados que venden los polacos con acompañamiento de funda y que ahora encontramos en todas partes.

Son madre e hija. La madre una de esas mujeres delgaditas, de acero, sobre cuya espalda estrecha descansa el peso de toda la familia; la muchacha, una criatura marchita prematuramente por la pobreza, ya sin dientes. Las dos limpias. Con lo que ambas ganan, pagan doce colones de alquiler de casa y alimentan seis bocas.

El ruido de la máquina llena el ambiente y una siente que en torno de este ruido gira la vida de la familia. Tienen muy cuidada su máquina; se echa de ver enseguida que la tratan con consideración. La hemos visto los domingos cubierta con una camisa de zaraza muy limpia.

Las miramos trabajar. La madre forma un solo cuerpo con su Singer: los dos pies pobremente calzados mueven el pedal; giran las ruedas, brinca la aguja como si estuviera jugando la patita renca y corre el piececito incansable del metal, sobre la tela que sostienen las manos y vigilan los ojos. ¡Cuántos kilómetros lleva recorrido este pie! ¡Cuántas leguas de hilo han pasado por estas piezas del brazo y por el carretel que se mete en su cuna de acero como si nada hiciera!

La madre es la que habla. —Aquí estamos dándole desde las siete de la mañana a la costura. Yo estoy con influenza, pero los pobres no le hacemos caso a la influenza.

—¿Hasta qué hora trabajan? —preguntamos.

—Hasta las diez de la noche para sacarnos dos docenas y un poco más. Aquí a la par viven dos hermanas que se hacen tres docenas de camisas al día, pero las dos tienen quince años de práctica.

Pensamos lo que significan quince horas de trabajo. Tanto luchar en el mundo por la jornada de ocho horas y en cuántos lugares de la Tierra la gente tiene que trabajar quince y más horas para sacar un mísero salario que no alcanza ni para reponer una quinta parte de la fuerza gastada.

Nos cuentan que no se levantan más que para hacer sus necesidades y que almuerzan y comen allí mismo en la máquina tragándose los bocados.

—¿Y cómo pagan?

—Las camisas a un colón cincuenta y dos colones la docena. Los polacos pagan más mal, a uno veinticinco y hasta un colón la docena. Esos polacos son verdaderas sanguijuelas de camiseras y pantaloneras. En los pantalones ganamos dos cincuenta y tres colones la docena. Los polacos pagan solo dos colones.

—¿El hilo lo da el patrón?

—Solo una carrucha de hilo para la docena de camisas, pero no alcanza con eso y tenemos que poner hilo de nuestra bolsa.

La muchacha nos cuenta que tiene que entregar las piezas con ojales, botones y aplanchadas.

La madre comenta: —Bueno, eso por sabido se calla. ¿Cómo se van a entregar las piezas sin aplanchar?

La hija replica: —¿Acaso ellos nos dan para carbón?

Nos informamos acerca de la máquina.

Las dos mujeres nos hablan con cierta emoción de su Singer, y al hacerlo le dirigen miradas de cariño. Sin ella la vida sería más dura...

Muy buena su máquina. Ha salido número uno. Les costó €525 y dieron €30 al contado y luego siguieron pagando tres setenta y cinco por semana. Las que cosen en donde Reimers sacan su máquina de allí mismo. Ellas salieron de su jarana en tres años. Muchas veces se vieron a palitos, cuando la madre estuvo enferma un mes y luego cuando ha escaseado el trabajo; entonces han tenido que empeñar hasta el modo de andar. Pero gracias a Dios ya no deben nada ni un cinco de la máquina. Sucede que se pierde la máquina así que se ha pagado cien y doscientos colones como le ocurrió a una vecina que ya llevaba pagados doscientos colones cuando se enfermó de gravedad y tuvo que irse al hospital. ¿De dónde iba a coger la pobre para seguir abonando? ¡Hubiera visto el día que vinieron por la máquina...! ¡Daba compasión!

La mujer salió a la puerta a ver irse su máquina... ¡Lloraba como si se le hubiera muerto alguien y las criaturas daban gritos también agarrados a las enaguas de la madre!

Me contaron que ellas se habían hecho también de una máquina de hacer ojales que les costó noventa colones. ¡Estas pantaloneras son unas potentadas!

—Lo malo es que no alcanza lo que uno paga, con los frijoles de color a dos setenta el cuartillo y el arroz a treinta. Ya ve cómo le damos al trabajo, pero como somos mujeres solas y tenemos que mantener cuatro criaturas hay día que no alcanza ni para el café de la mañana y los chiquillos tienen que irse a la escuela sin el café, vacíos.

Les preguntamos si ellas creen que hay que resignarse con esa vida. Nos contestan que eso dice el cura los domingos desde el púlpito.

De camino vemos sobre la cruz de la ermita de los Ángeles flamear la bandera monárquica. ¿Por qué aconsejan los curas a los pobres que se resignen con la miseria y ahora ellos están contentos con que los ricos en España no se resignan a perder parte de sus tierras a fin de que los pobres campesinos de por allá tuvieran también en donde cultivar? Y celebran con misas y bombetas el triunfo del egoísmo de los rebeldes en las plazas de toros y los ametrallan.

Sí, que se resignen los pobres con su vida triste y humillada a fin de que los ricos gocen en paz de sus privilegios. Toda la vida ha habido ricos y pobres. ¿Qué importa que haya mujeres que trabajan quince horas para ganarse tres colones? ¡Cómo les dolerá la espalda a estas mujeres después de haber estado quince horas agachadas sobre la máquina!

Pero hay que resignarse. Toda la vida ha habido ricos y pobres. Los pobres sirven para que los ricos den limosna y se ganen de este mundo un palco de platea en el Cielo.

1936